

Agostino Codazzi en Bogotá

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

NOTA—El intelectual alemán *Hermann A. Schumacher* permaneció varios años en Colombia, a mediados del siglo pasado, en el desempeño de funciones consulares-comerciales del Reino de Alemania y dedicado al estudio de la evolución político-cultural del país. De regreso en su patria escribió en 1874 la monumental obra histórica intitulada: *Estudios suramericanos. Tres descripciones biográfico-culturales: Mutis, Caldas, Codazzi, 1760 - 1860*, Berlín, Ernst Siegfried Mittler & Sohn, 1884. El libro, no obstante su importancia sociológica para las naciones bolivarianas, no ha sido traducido al español. Fragmentariamente se han vertido algunos capítulos por Francisco Manrique en el *Boletín de historia y antigüedades* (volumen 9, N° 97, junio, 1913) órgano de la Academia Nacional de Historia, y por Manuel Paz Urrutia en la revista *Popayán*, órgano de la Academia de Historia del Cauca. Es nuestro propósito continuar la labor iniciada por el traductor payanés mediante entregas exclusivas para el *Boletín cultural y bibliográfico* de la Biblioteca Luis-Angel Arango, Banco de la República; en el anhelo de poder, algún día, editar la obra completa, iniciamos hoy nuestra labor.

CAPITULO V

TERCERA VISITA DE CODAZZI A COLOMBIA. HUMBOLDT, BOLIVAR, MOSQUERA Y CODAZZI, CUATRO VIDENTES DEL CANAL DE PANAMA. LOS VIEJOS AMIGOS DE CODAZZI EN BOGOTA

Por orden del presidente Monagas, el Congreso de Venezuela fue disuelto a la fuerza el día 27 de enero de 1848; varios congresistas resultaron heridos y algunos muertos. Este solo suceso destruyó lo que penosamente se había creado durante los últimos años; este solo acto de violencia mostró repentinamente la real situación de una nación aún inmadura para ejercer un gobierno propio; todos debieron reconocer cómo los pocos buenos elementos que no habían sido dañados por la guerra con sus exigencias de sangre y de dinero, habían sido eliminados a consecuencia de inmoderados brotes partidistas sin relación alguna con un bienestar nacional verdadero. En realidad, Codazzi no pudo prever tal golpe de Estado como el que arriesgó Monagas, su enemigo personal, con ánimo atrevido; empero, desde largo tiempo atrás ya temía una catástrofe repentina, peligrosa en particular para sí mismo.

Inútiles fueron las tentativas de sustraerle el cargo de gobernador, porque no podía hallarse procedimiento constitucional alguno contra él; mas el descaro de Monagas y de su ministro de guerra, Francisco Mejía, habían concebido otros caminos. José Ignacio Pulido, nombrado ya a mediados de 1847 comandante militar de Barinas, dejaba sin piso firme el régimen civil de Codazzi. Aun usando toda precaución, el rompimiento iba a ser inevitable; el día 21 de febrero de 1848, ya tarde en la noche, Codazzi se presentó ante su adversario, resuelto y preparado a partir. Pulido trató de conseguir que se quedara. "No, camarada —fue la respuesta— mi posición aquí es ahora demasiado negra; vuestra presencia impide el estallido de revueltas intestinas; mañana toma usted posesión del gobierno civil, nombra otro gobernador que me remplace, y así todo pasará sin derramamiento de sangre, de otro modo no". Al día siguiente Codazzi con su familia viajó hacia Trujillo con la intención de llegar a Maracaibo.

Pocos días antes, Páez había emitido una proclama desde Calabozo para combatir al presidente por alta traición, y había hecho inmediatamente ensayos para reunir fuerzas combatientes a favor del partido constitucional de cuyo poder victorioso no abrigaba duda alguna. Codazzi no pudo acompañarlo en el momento: estaba obligado, en primer lugar, a dejar a su esposa y a sus seis pequeños hijos en sitio seguro; dióse prisa, por lo tanto, para llegar a Maracaibo, plaza comercial, unida por comunicación constante con el exterior, donde nació su séptimo hijo el 28 de abril.

En este viaje de carácter fugitivo, Codazzi recibió una carta de Bogotá con importante contenido que le interesó extraordinariamente; procedía de un viejo amigo suyo, el entonces presidente Mosquera, escrita por consejo de Joaquín Acosta. El general-presidente, como tercer sucesor de Santander, ideó grandes proyectos para su patria, algunos de ellos poco prácticos pero bien intencionados.

En aquella república, hermana y vecina de Venezuela, cuyos límites con el territorio antes gobernado por Codazzi hacían contacto en alguna parte próxima de la selva, las condiciones públicas parecían mejorar paulatinamente, después de una cruenta revolución en el año de 1839. Ahí, después de la salida de Márquez, la tranquilidad tan penosamente conseguida pudo mantenerse en los últimos tiempos; la constitución del 20 de abril de 1843 había aumentado decisivamente el poder del gobierno supremo; la presidencia de Herrán, durante la cual fue decretada la nueva ley fundamental, había preparado bastantes medidas de progreso útil y logrado mantener en jaque las pasiones partidistas. Mosquera, al suceder a su yerno en la silla presidencial, abrigaba las más ricas esperanzas para su patria. Ya en aquellos durísimos años revolucionarios, ahora casi olvidados, este hombre que incesantemente planeaba nuevos proyectos, había interesado al congreso de la Nueva Granada en un levantamiento topográfico del país, similar al que se acababa de elaborar para Venezuela, y aún en la edición de una gran obra geográfica como la que recién se estaba preparando en aquella nación. En la ejecución de esta nueva empresa se implantarían desde un principio el sistema y las experiencias resultantes de los trabajos topográficos venezolanos.

Lo mismo que Páez, Mosquera en la lucha contra los españoles había sentido ya la necesidad de mapas; no obstante, con el tiempo había descu-

bierto en el territorio neogranadino atractivos geográficos que no tenían análogos en Venezuela. Es sabido que desde decenios antes, la atención de todo el mundo culto concentrábase en un sector de tierra colombiana más o menos ignorado, tal era: el istmo de Panamá, considerado desde el principio de la nacionalidad tan importante, que pasó a ser símbolo especial del escudo de la Nueva Granada. El proyecto de utilizar este baluarte marítimo para cruzarlo mediante una gran vía internacional, terrestre o navegable, había sido considerado frecuentemente a partir del movimiento de independencia. Mosquera sabía que Bolívar discutió este punto con Humboldt, quien había insistido repetidamente ante el Libertador en la necesidad de una planificación del proyecto con base en un levantamiento topográfico de envergadura.

Ocupado Humboldt en la prosecución de su descripción de Venezuela, recibió de Bolívar diversos materiales, como hojas legislativas y compendios estadísticos sobre el tema del istmo, sobre cuya importancia gustaba expresarse con interés, destacando que se había preocupado desde años atrás por los medios de comunicación interoceánicos y que, en escritos impresos como también en diferentes memorias siempre había insistido en medir hipsométricamente el istmo en toda su anchura, sobre todo en sitios donde toca con el continente suramericano, o sea en el territorio del Darién y la inhóspita antigua Provincia de Biruquete, precisamente entre el Atrato y la bahía de Cupica, donde la cadena montañosa de la angostura terrestre parece desaparecer enteramente en el trayecto del mar del sur. Las investigaciones, afirmaba Humboldt, no deberían reducirse al sector del meridiano entre Portobello y Panamá y al de Chagres y Cruces que se halla al oeste. Advertía también, que hasta entonces los puntos principales orientales y surorientales del istmo sobre ambas costas marinas no habían sido tenidos en consideración. Este sencillo consejo, el único que le era posible dar al sabio alemán, nunca ha sido cumplido. En vista de la importancia que el objetivo tenía para el comercio mundial, no se puede proceder, como hasta ahora, manteniéndolo confinado a un círculo estrecho. Un estudio amplio que abarcase toda la parte oriental del istmo, sería igualmente útil para la construcción de un canal o de un ferrocarril, y solo esta investigación podría decidir positiva o negativamente sobre el muy discutido problema.

Puntos de vista de esta categoría fueron muy atrayentes para Mosquera; él sabía que los ensayos de Domingo López —los primeros que Bolívar aconsejó— habían resultado tan inefectivos como aquellos que el Libertador confió a dos extranjeros de su abigarrado séquito, John A. Lloyd, un inglés, y el sueco Falmark. Si bien con estos ensayos no se consiguió una proposición práctica, sus publicaciones en Europa incitaron a gentes de empresa a hacer nuevos esfuerzos. Así, por ejemplo, Charles de Thierry ya había obtenido en Bogotá un privilegio ístmico que data del 29 de mayo de 1835 y que atrajo la atención de los americanos del norte. Poco después, en junio 28 de 1836, dos miembros de la Cámara Baja de Washington, Charles Biddle y George Gibbon, habían celebrado un tratado con el gobierno neogranadino, referente a un ferrocarril por el istmo; a consecuencia de tales sucesos, la necesidad de hacer levantamientos topográficos, como los que fueron expresados en la ley de cartografía del

país, del 15 de mayo de 1839, se puso nuevamente en evidencia. Mosquera que entonces formaba parte del gabinete presidencial, abrigaba la esperanza de que Codazzi, a continuación inmediata de la terminación de su trabajo venezolano, se sometería a una tarea similar en la Nueva Granada. Al desvanecerse esta expectativa, la idea quedó desplazada a segundo plano en Bogotá; pero en el exterior los planes acerca del estrecho terrestre siguieron tejiéndose más detenidamente, sobre todo desde que una ley neogranadina del 1º de julio de 1842 fijó de manera general las condiciones previas para una concesión ístmica, con pública licitación para la mejor oferta.

Los científicos europeos, particularmente geógrafos teóricos y economistas, habían vuelto a interesarse por aquel proyecto de perspectivas mundiales; técnicos y financistas se habían entregado a hacer cálculos y planes, por ejemplo, una sociedad parisiense había hecho investigar por el ingeniero Napoleón Garella algunos pasos montañosos entre Limón y la bahía de Panamá.

Todos estos esfuerzos no tuvieron éxito, mas, poco antes de que Mosquera escribiese a Codazzi, Matthias Klein, como representante de una nueva sociedad parisiense, había obtenido en Bogotá el privilegio para construir un ferrocarril a través del istmo. Pero más llamativo que el interés de los franceses parecía el procedimiento efectivo de los Estados Unidos; su embajador, B. A. Bidlack había convenido con Mosquera un tratado de Estado, aprobado el 12 de diciembre de 1846, con una trascendental definición de principios acerca del istmo; la República de Nueva Granada aseguraba, al respecto, libre derecho de caminos por el estrecho terrestre a los norteamericanos, a cambio del cual los Estados Unidos no solamente garantizaban la completa neutralidad del istmo en forma tal que la libre vía de un mar al otro no se interrumpiría jamás, sino también "la soberanía sobre el istmo y el derecho de propiedad del mismo". Prontamente los norteamericanos validaron la oferta promulgada en Bogotá y su energía victoriosa auguraba la pronta realización de una vía de tránsito que uniera los dos mares. Mosquera apreció plenamente este proceder, no solo con alegría sino también con recelo; y era de parecer que si acaso y en alguna forma la República de la Nueva Granada cooperaría con consejos o hasta con hechos en la ejecución de una obra de tal magnitud, debería tener a su disposición por lo menos un hombre de la calidad del muy elogiado geógrafo de Venezuela, Codazzi, capaz de colaborar con los representantes de intereses extranjeros.

A las perspectivas de esta índole se oponían, en Codazzi, serios escrúpulos; ya en Maracaibo reflexionaba sobre los planes de Mosquera y declaró con ánimo sereno que era imposible el trabajo en común con hombres del exterior: "Así como los climas en los países europeos y norteamericanos son diferentes de los nuestros, difieren también totalmente en conceptos y costumbres los pocos habitantes de nuestras aún semisalvajes regiones, de aquella civilizada población —densa y hacinada— que vive en países cultos, favorecidos por muy difundida educación y profundos estudios especializados. Entre nosotros las aldeas, compuestas por pocas casas, se hallan a gran distancia una de otra, en tanto que allá las ciudades populosas están ubicadas más o menos próximas. Allá la masa de

población tiene exceso de luz, energía y riqueza, mientras que nuestro aislamiento nos mantiene en la oscuridad, sin fuerzas suficientes y sin medios adecuados. Allá, la secular experiencia influye para que sobre cada campo de acción se consigan los máximos éxitos, siendo que aquí nuestros inicios juveniles pueden muy fácilmente convertirse en fracasos, que solo más tarde tienen que llevarnos por el camino correcto. Basta recordar estas paralelas, concluía Codazzi, para probar que cualquier comparación entre las naciones viejas y poderosas y los jóvenes pueblos suramericanos que están iniciándose, es inadecuada, y que una colaboración de nosotros con los extranjeros es improducente”.

Para Codazzi la idea de trabajar en común con agrimensores e ingenieros extranjeros era insoportable; de manera alguna desconocía la diferencia entre inteligencia y energía. A pesar de todo, no rechazó la oferta de Mosquera y más bien solicitó, explicando los motivos, un plazo prudencial para reflexionar sobre la difícil situación personal en que se hallaba al presente.

Mosquera comprendió estos miramientos, y con el fin de atraerlo más y más hacia sí, le nombró profesor del Alto Colegio de Bogotá el 3 de julio de 1848; pero Codazzi, luego de haber puesto en seguridad a su familia en Curazao, buscó la unión con su protector de muchos años, el general Páez, con la intención de participar primero en la lucha contra la dictadura de Monagas.

Sin embargo, ya era demasiado tarde: el acrisolado primer presidente de Venezuela, a pesar de su fama guerrera, no disponía entonces de adeptos; tuvo que viajar por Ocaña y Santa Marta a Riohacha, y hasta se vio obligado a huír allende el mar. En estas circunstancias Codazzi tomó rápida resolución: siguió tras las huellas de Páez hasta la frontera de la Nueva Granada, arribando a Cúcuta el 13 de enero de 1849, pero no habiendo encontrado ya a su viejo compañero de armas, se dirigió de inmediato a Bogotá para ponerse a la disposición de Mosquera.

Al pisar por tercera vez la capital de la Nueva Granada estaba más pobre que nunca; su mujer y sus hijos se hallaban en el extranjero, su colonia habíase desintegrado, y toda perspectiva hacia el futuro era dudosa. Bajo las presentes circunstancias que le abrumaban, Bogotá, comparada con su aspecto anterior, le pareció deslumbrante. La ciudad había obtenido bastante progreso; desde hace poco se lucía en la plaza principal una estatua de Bolívar, obra del artista Pietro Tenerani con quien el mismo Codazzi había negociado, infructuosamente, hacía algunos años el monumento destinado a Caracas, obsequio de José Ignacio París, un amigo y favorito del Presidente-libertador. Mosquera había hecho retirar los últimos restos del palacio virreinal a fin de obtener espacio para otros edificios públicos. En el costado sur de aquella plaza, se había colocado la piedra fundamental para un capitolio, construcción que habría de hacerse conforme al de Washington, bajo la dirección de James Reed. Asesoraban a este técnico extranjero, por instancias de Mosquera, muchos otros, tales como el ingeniero Stanislaus Stawasky, el matemático Miguel Bracho, el químico José Evoli, y el naturalista Jean Levy. La prensa y la imprenta se habían elevado considerablemente de nivel a raíz del regreso de Manuel

Ancízar, una personalidad muy comprensiva para los intereses de Codazzi, con quien pronto trabó amistad. Ancízar fue un hombre de educación europea y ágil literato, un carácter verdaderamente noble. Otra personalidad extraordinariamente capaz era Joaquín Acosta; no solo un amigo generoso de las ciencias y de la enseñanza, quien repartía con mano dadivosa obsequios y premios de honor, sino también un sabio de excelentes condiciones que en París se había relacionado con Boussingault y Roulin, y acababa de componer la *Historia del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*; había hecho publicar en Francia una serie de escritos de Caldas, así como también traducciones de diversas disertaciones sobre la Nueva Granada, de que eran autores aquellos dos amigos parisienses; había concebido varios mapas, entre ellos uno que abarcaba todo el país, cuya publicación en París fue meritoriamente comentada por un crítico de la calidad de Jomard. También proyectó otro mapa de la frontera neogranadina-brasileña, y uno del curso del río Atrato; todas estas iniciativas constituían importantes trabajos previos para una gran obra geográfica. Codazzi ya había conocido a Acosta en Caracas en 1845 y había tratado con él, en su calidad de embajador neogranadino, las cuestiones fronterizas, aunque sin éxito.

Una tercera personalidad interesante en Bogotá era el anciano y ciego Manuel María Quijano, el médico y químico quien desde su camadería con Caldas, y cada vez que las circunstancias lo permitían, se dedicaba activamente a los trabajos literarios. Había disertado sobre el *dividivi* y otras maderas tintóreas; sobre el cultivo del tabaco y cría de gusanos de seda; sobre las fuentes termales de Quetame; sobre elefantiasis y cólera; había perdido la vista diez años antes al experimentar sobre mezclas de oro y cobre; vivió largo tiempo en Popayán, su ciudad natal, de modo que conocía sus alrededores, a igual que los de Neiva y de Cali; Codazzi fue recibido en Bogotá por este benemérito colombiano con la mayor cortesía.

De los científicos de la "Academia Zea" ya no existía uno solo; como Boussingault y Roulin, Rivero también había regresado a su patria, donde en colaboración con J. J. von Tschudi ya había publicado una gran obra científica sobre el Perú; Justin María Goudot había perecido en Honda, en la miseria; James Bourdon vivía, por cierto aún en Bogotá, pero perdido y olvidado.

(Continuará).